**Origen del Instituto**

El mismo Señor iba preparando providencialmente la hora decisiva, el 4 de Mayo de 1897, las huestes antirreligiosas de la revolución liberal en la ciudad de Riobamba, profanan sacrílegamente la Santísima Eucaristía, en el templo de San Felipe de los Padres Jesuitas y asesinan al Padre Rector Emilio Moscoso. Tan horrendos sacrilegios y profanaciones, conmovieron profundamente el espíritu de la señorita Rosa Elena Cornejo que estaba dispuesta a hacer todo lo que el Señor le inspirare o le pidiere, para repararlos y la voz de Dios le llegó por el Padre Director de la Tercera Orden de San Francisco y por su Confesor que le pedía la constitución de una Congregación dedicada a la Reparación en desagravio de los ultrajes y ofensas de que había sido objeto en el Augusto Sacramento de la Eucaristía.

Un mes más tarde de estos sacrilegios, Rosa Elena Cornejo, con sus compañeras deciden emprender la fundación de una nueva Congregación de Religiosas en la antigua Recoleta de San Diego. Arduos fueron los comienzos de la anhelada fundación que pusieron a prueba su fe y decisión y en la que flaquearon casi todas, excepto Rosa Elena Cornejo a quien el Señor la sostenía con una fe evangélica, capaz de trasladar de un lugar a otro las mismas montañas. Después de cuatro años de haber perseverado en su propósito de consagrarse por entero a la Adoración y Reparación de Jesús Crucificado y profanado en la Eucaristía, el 2 de Junio de 1901, con la autorización del Excelentísimo Señor Arzobispo de Quito, Mons. Pedro Rafael González Calisto y el Padre Ministro Provincial de Franciscanos, se erigió, por fin, canónicamente el Noviciado de la nueva Congregación optando como norma de vida unas primeras Constituciones escritas con el asesoramiento del Padre Antonio Argelich  y aprobadas por el mismo Señor Arzobispo. Desde esa fecha, a la Señorita Rosa Elena Cornejo se le reconocería con el franciscano nombre de María Francisca de las Llagas, quien como Francisco de Asís cifraría toda su aspiración en vivir el evangelio sin glosa, siguiendo al Señor Jesucristo en pobreza, castidad y obediencia, abrazándose con su cruz cada día en actitud de adoración y reparación.

**Carisma y Espiritualidad: Adorar, Reparar y Servir.**

**Adorar** franciscanamente al Santísimo Señor Jesucristo que por su inefable amor a los hombres quiso quedarse en el mundo como signo perenne del sacrificio de la cruz con que sellara en nombre de la humanidad la nueva alianza con Dios.

**Reparar** al Señor Sacramentado por las profanaciones y sacrilegios con que tantas veces los hombres pagarían, amor tan extremado.

**Servir** como lo pidiera el mismo Señor en el evangelio: “siguiéndole a El, y como enseñara el Padre San Francisco viviendo según el santo evangelio en pobreza y sencillez, con humildad y abnegación” Las notas características de la Espiritualidad del Instituto: la humildad, la sencillez, la fraternidad, el sacrificio y abnegación constantes, la alegría, la acogida, la finura de espíritu, la misericordia, la pureza de corazón, la capacidad de ponerse en contacto con Dios (oración), el amor hasta el extremo, la paz, la confianza sin límites en el Señor, aún en la adversidad (las cosas de Dios para conocerlas por suyas llevan el sello de la contradicción). En un plano más sobrenatural podemos distinguir lo siguiente: el discernimiento de la voluntad de Dios a la luz de la oración, un amor profundo a la santa Iglesia (veneración al sacerdote); todo esto alimentado por una intensa vida de oración. Esto es lo ideal, lo que deberíamos ser y transmitir con nuestras vidas, lo hemos heredado de nuestra Fundadora y lo encontramos reflejado en su vida y obra.

**Nuestra Espiritualidad según nuestra Madre Fundadora es:**

**Cristocéntrica**: nos lleva a adentrarnos en la persona de Jesucristo pobre, humilde, ultrajado y crucificado, ofrecido en sacrificio al Padre para salvación de los hombres (Cf. Hb 10,5-7).

**Eucarística**: La Eucaristía es el Centro de nuestra misión y servicio, es el Sacramento del Sacrificio de Cristo y de la Comunión con El, signo de comunión de todos los hermanos, vínculo de unidad y de caridad. En torno a la Mesa Eucarística estamos llamadas a reparar los ultrajes y restaurar el rostro de Cristo en los hermanos para construir la fraternidad universal.

**Mariana**: Somos llamadas a participar en la misión con disponibilidad alegre y gozosa, como María Inmaculada, la llena de gracia a favor de su pueblo y modelo de Santidad.

**Eclesial y Franciscana**: Profesamos una singular adhesión y obediencia a la Santa Iglesia, a su Supremo Pastor el Sumo Pontífice, a los Obispos a cuya potestad estamos sujetas y a las que han sido llamadas al servicio de la fraternidad. Nos sentimos unidas con las demás familias religiosas, de manera especial, con aquellas que tienen a San Francisco de Asís por Padre común de su espíritu y Vocación.

**Nuestra Fundadora**

**María Francisca de las Llagas Cornejo** nació el 11 de diciembre de 1874 en la ciudad de Quito – Ecuador, como alma privilegiada y predestinada por el Señor con una vocación y carisma singulares, recibió el santo bautismo el día de su nacimiento bajo el nombre de Rosa Elena. Su madre, doña Natividad Pazmiño, mujer piadosa, que pertenecía a la Tercera Orden Secular de San Francisco, supo educarla solícitamente por sí misma desde los primeros años, y luego, confiándola, a los cinco años de edad, a la esmerada educación de las Hermanas de la Caridad en el Colegio San Carlos, A los diez años, la niña Rosa Elena, recibe fervorosamente la Primera Comunión, acontecimiento que marcó su espíritu con la más ardiente devoción a la santísima Eucaristía.

Más adelante aprende bordado y costura, lo cual le permite a la vez desarrollar sus especiales dotes manuales y artísticas y fomentar la piedad y devoción eucarísticas, cosiendo y bordando manteles de altar, velos y frontales.

Al cumplir los 17 años, anhelosa de vivir su compromiso cristiano, ingresa en la Tercera Orden Seglar de San Francisco, en la que se distinguió por su fervor y la más fiel observancia de la Regla.

Su madre le había infundido desde muy temprana edad, la más entrañable devoción a la Santísima Virgen, la que iría cultivando a través de toda su vida, hasta convertirse en vivencia de total consagración Mariana: “Yo, María Francisca de las Llagas tomo a María Inmaculada por Medianera, Protectora, Madre y Maestra por todo el tiempo de mi vida”, escribió en 1920 en su cuadernito de propósitos espirituales.

Quedó huérfana a los 19 años de edad, acogiéndose a la piedad y trabajo en las labores manuales con que atendía a su franciscana subsistencia. Ahondó cada vez más en las virtudes que caracterizaron su personalidad espiritual: desprendimiento de sí misma, decisión de entrega al servicio del Dios altísimo, vivencia intensa de fe y amor al Señor Jesús del Evangelio y de la Eucaristía y a su Madre la Virgen María.

Emitió sus votos religiosos temporales en 1902 en compañía de cuatro Hermanas que habían perseverado del grupo de Noviciado, así dio comienzo a su vida regular, en la que María Francisca de las Llagas se distinguía por su fidelidad a la Regla y Constituciones, por su trabajo y abnegación, por su acendrada fe y devoción a la Santísima Eucaristía, por la fortaleza y entereza de espíritu para sobrellevar con

verdadera alegría espiritual, auténticamente franciscana, las privaciones de una extremada pobreza. Como San Francisco experimenta la bienaventuranza de los verdaderamente pobres de espíritu que solo buscan la voluntad del Padre que está en los cielos y alcanzan a ver el Reino de Dios.

El Señor le concedió 90 años de vida a través de los cuales no solamente hizo acopio de eximias virtudes, sino que en premio de ellas le concedió ver el fruto de sus oraciones y sacrificios, la Congregación de Religiosas Franciscanas Misioneras de la Inmaculada es aprobada por el Santo Padre el bondadosísimo Juan XXIII, mediante el “Decretum Laudis” expedido el 27 de Abril de 1962.